

LA ÚLTIMA CONFERENCIA DE FRANCISCO DE LA MAZA SOBRE LA CIUDAD DE MÉXICO

Por Eduardo Báez Macías

La bibliografía para la historia de la ciudad de México sigue siempre creciendo, enriqueciéndose en publicaciones, artículos y conferencias, desde la crónica ligera y agradable hasta la investigación que rescata y aísla de lo inédito el dato seco y contundente. Así resulta agradable, para todos los que alguna vez hemos partido en busca del pasado de nuestra capital, encontrar asideros que nos permitan desenmarañar el hilo de su historia, desde los lejanos Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena, hasta la copiosa erudición de José María Marroqui o los modernos ensayos de depurada técnica historiográfica. Rico puente tendido entre los *Diálogos latinos* de 1554 y *El churrigueresco en la ciudad de México*, de Francisco de la Maza, editado en 1969.

Entre la frondosa producción histórica y literaria, Francisco de la Maza ocupa un lugar singularísimo y su muerte constituye, con sobrada razón, un motivo de luto para la ciudad por él tan estudiada y defendida. En comparación con las crónicas, diarios, efemérides e historias en general que solamente venían repitiendo los conocimientos y tradiciones más o menos conocidos, su obra se eleva ensayando un nuevo método, o una nueva manera de hacer historia.

Investigador de arte, De la Maza abordó la historia de la ciudad de México refiriéndose, en primer plano, al campo de las bellas artes, pero con el mérito indiscutible de haber rebasado los estudios puramente históricos o puramente estéticos, para pasar al tratamiento de la historia del arte como producto resultante de una historia social y cultural, de márgenes mucho mayores. Que era un erudito, es indiscutible. Sus largos e infatigables años de investigador le permitieron atesorar una cantidad de datos tan grande, que con justicia podría ufanarse de conocer todo, o casi todo, lo que en el campo de su especialidad estaba escrito. Hazaña difícil sería, por ejemplo, superar el caudal de conocimientos reunidos en sus obras sobre San Felipe, la Inquisición, la ciudad de San Luis, la catedral o los conventos de monjas, para citar solamente algo de su variadísima producción. Y siempre, aparejados al dato histórico y a la noticia, hallamos el juicio estético y el análisis de la obra de arte.

Pero lo que esta vez intento resaltar es esa nueva manera de abordar un tema, superando el método puramente histórico y artístico, para indagar en la complejidad de lo social la esencia del conocimiento, exactamente como se disponía a hacerlo entre sus últimos proyectos, con la ciudad de México. Suficientes hubieran sido las excelencias y el donaire de su pluma para escribir una bella historia, sin más complicaciones, pero su mundo de inquietudes lo impulsó a buscar las condiciones y crisis económicas, espirituales y sociales, que en un momento preciso engendran el fenómeno artístico.

Me atrevo a pensar que el maestro De la Maza preparaba una obra de esta clase, relacionando dos libros, *La ciudad de México en el siglo XVII* y *El churrigüesco en la ciudad de México*, con la conferencia que dictó el 22 de julio de 1971 en la Academia de Bellas Artes, bajo el título: "La ciudad de México, a mediados del siglo XVIII." Las tres obras, asociadas, tendían ya un hilo de oro que si hubiera llegado a desenvolverse del todo nos hubiera dejado la más bella interpretación que de una época se puede esperar. He visto sus carpetas atestadas de material fotográfico, sus libros anotados de su propia mano, siempre remitiendo a nuevas fuentes, y sobre todo planos, enteros o en fragmentos, muchas veces amplificados sus detalles y en aparente desorden, como sillares que, esparcidos sin concierto, esperan solamente la mano del arquitecto que los rige y ordena para levantar la fábrica.

El libro sobre México en el siglo XVII es un claro espejo de la vida colonial en aquella centuria. Juzgando por él, podemos barruntar la imagen que De la Maza iba forjando para el siglo XVIII, mucho más deslumbrante. Tiene la gracia, el primero, de colocarnos como se coloca el público frente al pequeño escenario de una comedia, ante el desfile de los personajes que con sus graciosas intervenciones van tejiendo el argumento. En el libro, el escenario es la ciudad capital de Nueva España; el argumento, la vida de la Colonia en el XVII. Para el primero, nos sitúa bajo artesones dorados, bóvedas, cúpulas, conventos y hospitales de frailes y monjas, tezontle y arquitectura civil. Para la trama, mueve aquellos personajes que pasan por el mundo como el más fiel reflejo de su siglo, en este caso el monje, el poeta, las religiosas, el virrey; el arzobispo y aun los personajes raros. Es un jirón de historia caracterizado por actores que se antojan, a la manera del teatro benaventino, marionetas movidas por los cordelillos que son sus intereses, pasioncillas y flaquezas.

Para el siglo xvii, De la Maza escogió una época que principia en 1628, con el plano de Juan Gómez de Trasmonte, y termina en 1690, con el de los condes de Moctezuma. Para el siglo xviii, ante una ciudad en pleno desarrollo, con una población y una extensión en continuo crecimiento y obviamente con mayores problemas, estrechó los marcos y se dedicó a un lapso de tiempo mucho menor, 1737 a 1749, aunque de enorme importancia, porque en su seno ya había nacido el churrigueresco, término arquitectónico que por sí mismo define una época, pero al que falta buscar un equivalente que pueda aplicarse y explicar la sociedad dieciochesca.

Para las disquisiciones que sobre el maestro y la ciudad de México propongo en estas líneas, me ha servido de base su conferencia dictada en la Academia de Bellas Artes, el 22 de julio de 1971, que recuerdo muy bien, porque fue una de las últimas, si no la postrera, de su larga carrera. Los documentos que en esta ocasión utilizó para delimitar la época, fueron nuevamente dos planos: uno de 1737, levantado por Pedro de Arrieta, Miguel Custodio Durán, Miguel José de Rivera, Eduardo Herrera, Manuel Álvarez y Francisco Valdena, que se encuentra en el Museo Nacional de Historia, en la Sala de Mapas y Estampas, y el delineado por Carlos López en 1749 con el título *Planta y Descripción de la Ymperial Ciudad de México en la América*, perteneciente hasta hace poco tiempo a una colección particular. Ambos dibujos están publicados en el libro *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Carrera Stampa, pero con las fotos tan malas y pequeñas que resulta imposible estudiarlos. De la Maza los hizo fotografiar de nueva cuenta, amplificando sus detalles para estudiarlos precisamente en fragmentos, pues son éstos los que, semejantes a miniaturas, conservan en su inaccesible pequeñez tesoros no revelados. Ambos planos son realzados y dibujados con vivos colores, sobre todo el de Arrieta en que domina el rojo. En el de López dominan los colores más débiles, como el amarillo, pero está dibujado, a diferencia del otro, en perspectiva.

Durante los años comprendidos entre los dos documentos, la ciudad había crecido tanto que del concepto de traza no quedaba más que el recuerdo y algunas disposiciones en desuso, resultando tan inútil que las ordenanzas que dividieron la ciudad para su buen gobierno, en 1753, no se limitaron a los cuatro cuarteles tradicionales, resultantes de dividir la traza, sino que enumeraron hasta siete, considerando los barrios que se hacían cada vez más densos al otro lado de aquélla. Los dos planos están cuidadosamente dibujados y es posible seguirlos en

los detalles, a tal grado que, en el de Arrieta, cualquier mediano observador llegaría a descubrir, de un solo vistazo, el añadido del Colegio de Vizcaínas, que algún artista posterior pintó. La catedral se percibe claramente con sus naves longitudinales abovedadas, su fachada del crucero poniente, su cúpula muy baja y una sola torre, al oriente, a media construcción. Son también visibles el Palacio Virreinal con dos pisos, la Universidad en la plaza del Volador y la Inquisición con su fachada en diagonal.

La fisonomía de la ciudad se iniciaba en los grandes monasterios, ciudadelas religiosas, como San Francisco, Santo Domingo, San Agustín con su puente que conectaba a la manzana del noviciado, el Carmen, la Merced, Santa Clara, la Profesa, San Andrés, la Encarnación, San Lorenzo con su techo de artesón, Capuchinas, San Felipe, etcétera.

Todavía no se construían las soberbias casas de la aristocracia colonial, pues casi todas corresponden a la segunda mitad del siglo, pero ya se había generalizado el tipo de casas de dos niveles, por encima de los cuales aún sobresalían las altas naves de los templos. Con sus espacios despejados, las plazuelas como Santo Domingo, Colegio de Niñas, Loreto, las desaparecidas de la Paja y del Factor, etcétera, cumplían entonces, mejor que ahora, sus funciones de espacios horizontales y abiertos.

Pero bajo estas formas arquitectónicas pululaban unos ochenta mil habitantes, con sus injustas divisiones en poderosos y plebeyos, discretos y necios, españoles y castizos, todos haciendo la historia y muy pocos figurando en ella, porque en tan grande teatro sólo a unos cuantos se reservaban papeles sobresalientes y a casi todos el de muchedumbre o masa. Don Francisco estudió acuciosamente a los segundos, basándose en un censo casi completo, elaborado en 1753. Más que nunca, enderezó sus esfuerzos, dentro de un mar de nombres y oficios, para alcanzar un conocimiento exacto de la problemática histórica y social, y así poder determinar con precisión las fuerzas que actuaban forjando la historia del xviii.

Los planos constituyen una realidad, una época captada por el ojo sagaz de un artista que en el momento preciso se ha apoderado de ella para revestirla de forma concreta en un lienzo. Pero ahora el proceso debe invertirse, porque de la realidad contenida en un documento hay que inferir aquellas circunstancias que lo originaron. El maravilloso retablo de comediantes puesto en su libro del siglo xvii, habría de repe-

tirse para el XVIII, con mayores posibilidades y dentro de una decoración churrigueresca.

Durante los pocos meses transcurridos entre la fecha en que dictó su conferencia y la fecha de su muerte, más de una vez manifestó el maestro sus intenciones de profundizar y completar al máximo los datos sobre la población, con base en los censos y algunos otros documentos que debía tener preparados. No lo realizó, porque el destino trunca muchas cosas, pero dejó la idea: trascender del examen de un plano y un documento, hasta lograr la plena vivencia y la comprensión de una época.

Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, transcribe un hermoso párrafo de un autor carmelita, fray Jerónimo de San José, quien hablando de las cosas pasadas como de cuerpos muertos, dice que el historiador, cual otro Ezequiel, debe restituirles vida, "...extender sobre este cuerpo así dispuesto una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y del papel..."

Lo mismo se podría decir que hacía De la Maza.

Su conferencia del 22 de julio de 1971, había sido solamente el pie para emprender, acto seguido, un gran estudio de historia cultural y social de la ciudad de México, y en ese sentido su libro sobre el churrigueresco implicaba un gran adelanto. La escena para los primeros actos estaba montada y el argumento bien sazonado y aprendido, pero los personajes creados por su pluma para representar sus pedacillos de historia ya no salieron ante el público, porque la mano que habría de moverlos, tirando de sus finos cordelillos, había fallecido.